

Esplendor y decadencia de Monforte de Lemos

Pedro de Frutos G.

A lo largo de la historia, todos los países han conocido ciudades que sin haber tenido una importancia decisiva en la historia de su nación, han representado, en cambio, un papel superior al de una urbe mediocre, al tiempo que se autoabastecían merced a su solera y a su tradición. Monforte de Lemos es, sin duda, una de estas ciudades; su fundación se pierde en la noche de los tiempos y, lejos de ocupar un papel de «superstar» a lo largo de la apretada historia de España, sí ha sido en cambio uno de los centros neurálgicos del desarrollo gallego y se podría decir sin ánimos de triunfalismos que si Santiago no hubiese arribado a Galicia, detrás de Lugo, sería la ciudad con más abolengo cultural e histórico de la esquina verde de la península.

Cruceiro que se levanta en el monfortino «Campo de San Antonio», como único vestigio de una Escuela de Artes y Oficios de renombre en toda la península que estuvo allí ubicada.



MONFORTE de Lemos pertenece a la provincia de Lugo, aunque más próxima en línea recta de Orense capital, lo cual ha de influir en las gentes, haciéndose el influjo más notable en este siglo que en los anteriores. Si consultamos un diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, nos dirá que la ciudad es cabeza de partido judicial de la provincia lucense y que cuenta con 15.000 habitantes; por su parte, los libros de geografía dirán que posee unos 22.000 vecinos y que es centro de la comarca que se conoce como «Valle de Lemos», comarca triguera. También se nos dirá que cuenta con un museo, un puente romano y que, aparte de sus cereales, destacan, en sus producciones, el vino, las aguas arsenicales, harinas; y en lo referente a la arquitectura, un castillo del que no se cita la época de su construcción.

La verdad es muy distinta. Monforte de Lemos podía tener todo eso y más a poco que el desarrollo de los últimos años fuera acorde con su historia, pero desgraciadamente no ha sido

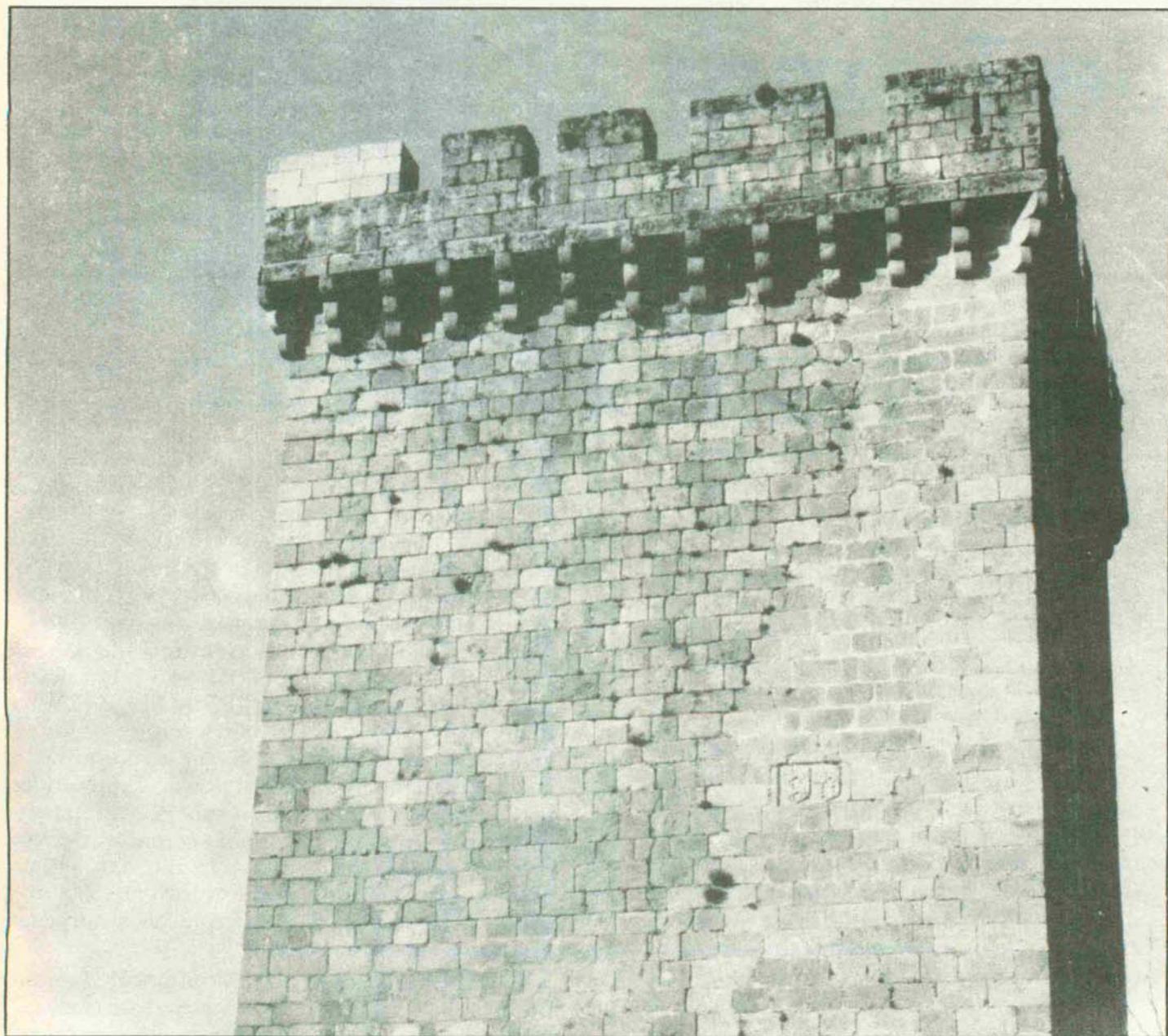
así, y de aquel castillo de los Condes de Lemos, señores de buena parte de Galicia, emparentados con los reyes de España, que dieron una reina a Portugal y cuyo nombre imponía respeto con sólo pronunciarlo, únicamente queda la torre del «Homenaje», situada en lo más alto de la ciudad, al tiempo que una muralla casi derruida la bordea; del palacio señorial, dan fe los escudos de armas del dintel de la puerta, pero no su estructura cada vez menos segura; y en cuanto a las obras de arte de algunos de los más grandes pintores de la historia permanecen encerradas y casi en el olvido, mientras que el proyectado museo no pasa de proyecto. El plan de regadío que habría de dotar al valle de la fama triguera que antes poseía, no ha sido más que un fracaso y así asoma la triste realidad de una ciudad, emporio en el siglo XVI, cuna de una de las casas

más nobles de España y uno de los núcleos ferroviarios más importantes de la península hace sólo diez años, que se queda sin gente, sin industrias y si se nos apura, casi sin esa tradición de ilustre villa que a lo largo de la historia se ha forjado porque poco hay que lo defienda con el orgullo de antes.

Si un visitante llega a Monforte, advertirá el porte extraño y altivo de sus gentes, a la vez que advertirá en el ambiente los ecos de un pasado que ya no se revela, pero que efectivamente tuvo...

LOS PRIMEROS PASOS

La fundación de la ciudad, como la de tantos y tantos lugares, es escasa de noticias; los detalles se pierden y son patrimonio exclusivo del pasado. Se sabe que Monforte pertenecía a los



Torre del «Homenaje», único resto del castillo de los Condes de Lemos, situado en lo más alto de la ciudad de Monforte.

romanos y con el nombre de Castro Dactonio era un enclave importante de la dominación romana en Galicia. Se puede decir que, con *Lucus Augusti*, era la ciudad más emporiosa de la parte Este de la región. Hay que remontarse, pues, al tiempo de los celtas para buscar su fundación y casi instantáneamente advertiremos en los alrededores toda una toponimia interesantísima que, de estudiarse a fondo, habría de aportar nuevas luces sobre ese desaparecido idioma celta.

Realmente, todos los autores están de acuerdo en que la ciudad fue fundada por los celtas, pero no coinciden en el nombre de la tribu, los más, o ni en la propia tribu, apuntando la mayoría de los indicios hacia la de los *lemavos*, quizá de ascendencia ligur, que perseguida por otras tribus se refugió en España llegando hasta Monforte (mejor dicho: lo que luego se llamaría Monforte), donde se asentaron al encontrarlo un buen lugar para defenderse. En principio, las razones expuestas parecen verosímiles, pero Camón Aznar nos dirá al hablar de las oleadas celtas que es la quinta que sufre la Hispania de entonces cuando entran los *lemovius* que se establecerían por Galicia y Portugal. Esta quinta oleada celta habría de modificar considerablemente el mapa étnico de la península pues en ella se darían cita los constantes enfrentamientos de los celtas con los romanos y los cartagineses, a la vez que los de éstos dos últimos entre sí. Parece probable que una rama perseguida de esos *lemovius* se estableciera en el valle, formando la ciudad que luego se llamaría Castro Dactonio. La toponimia de los *lemovius*, salvo en Monforte, no ha llegado hasta nosotros y parece un contrasentido histórico que tras la denominación romana, la sueva y la visigoda, un nombre procedente de una época ancestral vuelva a aparecer como si de las lagunas de Ruidera se tratase.

Puede ser que el nombre de los condes que han dado calificativo a Monforte no tenga nada que ver con la tribu que fundó la ciudad, pero algo parecido va a ocurrir con el escudo que, desde el siglo XVI al XIX, sería la torre del Homenaje, un pueblo y un león; mientras que antes y después de estas fechas era la *tao* templaria, como la que hoy conocemos, la que servía como heráldica de la ciudad. ¿Pueden darse mayores contrasentidos, si tenemos en cuenta que los cambios parecen haberse efectuado de la noche a la mañana y sin justificación de ningún tipo?

Se podrían citar muchos más ejemplos, ejemplos que harían de la ciudad toda una suerte de delicias para los que intentan descubrir misterios históricos de toda índole.

La fundación de Monforte se lleva a cabo en lo que andando el tiempo se denominaría monte de San Vicente del Pino, pequeña cumbre de difícil acceso *en aquellos tiempos* y que hoy se encuentra en el centro de la ciudad. Su situación geográfica inmejorable, pues el altozano está enclavado en el centro de una inmensa y fértil llanura, le dotan de unas buenas condiciones defensivas, a la vez que cinegéticas, pues lo que hoy es llanura llena de sembrados, antes era inconmesurable bosque, por donde el río Cabe, en su curso medio, serpenteaba con tranquilidad. Precisamente este río, bajo el nombre de *Cabylye*, se supone que era el elegido por los celtas para templar sus armas, con lo que sus metales en la forja ganaban en resistencia. Un arma templada en el Cabe era sinónimo de casi indestructible.

HACIA EL LLANO

Las edificaciones en un altozano eran clásicas de los celtas, en donde el castro sería el tipo de ciudad más característica, aunque poseyeran otros ejemplos que en la misma Galicia nos lo avalan los restos de Piedrafita y de Santa Tecla. Es fácil de suponer que por estrechez de terreno, se produce un éxodo, no arrollador, pero sí continuo de la prominencia hacia el llano, donde cada vez abunda menos la caza y los árboles, estando en el siglo XVII apto para el cultivo. Pero es aquí donde los contrasentidos siguen, porque nunca han parado. A la hora de edificar cárceles se escoge una vertiente del montículo, mientras que la torre del Homenaje que aún sigue en pie y muestra claramente las salas de martirio y de torturar, se va dejando poco a poco que sea el tiempo quien se encargue de destruirla.

La importancia que tenía antes la ciudad cuando se llamaba Castro Dactonio no iba a menguar ahora, ni mucho menos. El que más y el que menos, ha oído hablar de Monforte y ahora, cuando pueden verse los hechos y se les debe enjuiciar más claramente vemos que esos contrasentidos aparentes no dejan de producirse. Con la extensión del pueblo por el llano, la ciudad ve un florecimiento esencialmente diferente al que hasta ahora había tenido, aunque el monte, el río y, en general, todo lo que antes habían sido sus características lo van a ser ahora por otros motivos, como lo serán hasta nuestros días.

Si en un principio fueron los celtas los que se establecieron en San Vicente del Pino, ahora van a ser precisamente los monjes benedictinos los que van a fundar uno de los primeros monasterios de su regla en la región gallega. La importancia del monasterio es enorme y

desde que se tienen noticias de él, el siglo X y con motivo de un incendio, su suerte va a correr pareja con la de los nobles de la ciudad. La influencia del monasterio va a ser notable, sobre todo hasta la aparición del convento de Samos, pues se va a ver favorecido con diversos decretos que ponen a su disposición todas las parroquias de la tierra de Lemos y aun otras que no están dentro del valle. En el siglo XI pasarán algunas de ellas a depender de la Catedral de Lugo, pero en general, el monasterio sería santo y guía. No estaría sujeto a nadie y las posiciones de su abad serían señeras para todas las feligresías que de él dependen.

Ahora le toca el turno al río. La ribera formada por el Sil y el Cabe, su afluente, no había perdido méritos con la caída de los celtas ante los soldados de la Roma imperial, sino que éstos llegaron a encontrar oro en el Sil, concretamente en el término de lo que hoy conocemos como Montefurado (monte horadado, en castellano), llegando, incluso, a realizar una perforación en el monte para mejor cribar la tierra.

Pero tras los romanos y los pocos conocidos hechos de los suevos en Galicia, llegan los caballeros de la orden del Temple que habían establecido sus encomiendas a lo largo de todo el camino de Santiago, aunque a veces se habían apartado del que seguían los peregrinos que hacían su camino a pie, pero que nunca trascendieron los límites de la geografía hispana comprendida entre los paralelos 42° 30' y 42° 46'. Llegan hasta Ponferrada y después de esta población, los templarios no van a continuar por el camino normal de peregrinación,

sino que se van a adentrar por lo que ellos denominan «la ribera sagrada» y que se sitúa, precisamente, en las márgenes izquierdas de dos ríos que ya conocemos muy bien: el Cabe y el Sil. Ya en Ponferrada, no levantaron su encomienda en dirección hacia Piedrafita, por donde tomaba su camino la ruta jacobea, sino que lo hicieron, precisamente, en un altozano que guardaba muy bien el desfiladero, único paso, entonces, que conducía a Galicia. Los del Temple solían conseguir lo que querían y si uno de sus deseos en España era guardar la ruta de peregrinaje hacia Compostela, normalmente no les conduciría por el camino de Quiroga y de Monforte, sino mejor por el de Puertomarín y el de Arzúa, pero es significativo el hecho de que Monforte y todas las construcciones templarias se encontraran dentro de esos dos paralelos en los que siempre edificaban los templarios sus bailías y encomiendas. ¿Casualidad? Quizá, un misterio que no sabremos nunca.

La realidad es que la llegada de los templarios a la ciudad había de dar un giro importante a la situación de calma que se experimentaba con el mando que en lo terreno ejercían los condes y en el espiritual los benedictinos. Monjes y caballeros suelen enfrentarse, no sólo aquí, sino en el resto de España y de Europa, a pesar de que fuera San Bernardo quien diese las ordenanzas a seguir para los primeros templarios. No se tienen noticias de un enfrentamiento abierto entre los recién llegados y los que poblaban ya la ciudad, pero sí se sabe acerca de una guerra fría constante entre los monjes del abad y los caballeros del maes-



Escudos de armas de los Condes de Lemos, «señores de buena parte de Galicia, emparentados con los Reyes de España, que dieron una reina a Portugal y cuyo nombre imponía respeto con sólo pronunciarlo».



La fundación de Monforte se llevó a cabo en lo que andando el tiempo se denominaría monte de San Vicente —al fondo de la foto—, pequeña cumbre céntrica de difícil acceso.

tre, establecidos en el nacimiento de un riachuelo que habría de dar sus aguas al Cabe, no muy lejos de Fontecha (queda el recuerdo de un puente Fontecha, pero ahora está cubierto por el asfalto de la calle principal de la ciudad, la del Cardenal Rodríguez de Castro).

Cuando los templarios fueron disueltos por la Santa Sede y dejaron su casa a los caballeros Hospitalarios que la convirtieron en escuela de sordomudos, es el momento en que comienzan las rencillas de los habitantes del monasterio con los señores del valle que gozaban, por entonces, de gran reputación en toda España, según lo atestigua en «El señor de Bembibre» el autor Enrique Gil y Carrasco. Incluso en una ocasión, viéndose acosado el maestro de la ribera sagrada, fue a refugiarse en el castillo que su orden poseía en Ponferrada. Pero eso ya pertenecía a la historia y eran, más bien, los tiempos en que abades y condes pugnaban. La leyenda y la versión real de la «corona de fuego», así lo atestiguan.

EL ESPLENDOR

Decíamos que cada etapa de esplendor en Monforte es bien diferente aunque siempre se funde en sus columnas básicas que ya hemos enumerado en el apartado anterior. Es muy difícil hablar de una etapa cumbre en cuanto al esplendor de la ciudad se refiere, y tan difícil se hace porque a lo largo de la historia ha destacado siempre por algo diferente, pero si nos hemos de quedar con una, habría que hacerlo con el siglo XVI, momento en que cuenta Monforte de Lemos con una serie de instituciones que harán de ella una ciudad sin parangón en España y casi nos atreveríamos a asegurar que en Europa.

Cuatro instituciones avalan, fundamentalmente, el momento histórico de la urbe. Hemos hablado ya de la casa templaria convertida en escuela de sordomudos, al pie del monte de San Vicente del Pino, habiendo que añadir una casa instituida por los dominicos que representa otro de los misterios de la ciudad. Enclavado en el «Campo de la Compañía», sería luego testigo directo de las ferias que se celebraban los días 6, 16, 24 y 30 de cada mes, existe un convento del más perfecto estilo herreriano, de dimensiones más reducidas que el monasterio de El Escorial, pero de igual forma, que mantiene el secreto de haber sido construido antes o como modelo de la «octava maravilla del mundo». Entre sus detalles curiosos y aparte de sus obras de arte, cuenta en su arquitectura externa con una ventana por cada día del año —365—, y con una campana que tiene el poder, en los días tormentosos, de alejar los rayos y que recibe el nombre de «Campana de las reliquias». Perteneció a la orden de los jesuitas y con la expulsión de éstos de nuestra patria, pasó a ser alquilado por los padres Escolapios pagando la cantidad de cinco reales al año y cuyo contrato finaliza en este lustro. Bajo la advocación de la orden fundada por San José de Calasanz, alcanzó fama de ser el mejor internado de toda Galicia. Hay que añadir, además, una escuela para enseñar el dogma regentada por las monjas de Santa Clara, así como una escuela de artes y oficios, de renombre en toda la península, ya destruida y de la que quedan algunos restos de gran valor considerados como únicos en su género. De esta escuela, enclavada en el monfortino «Campo de San Antonio», sólo da fe un cruceiro (cruz de piedra) que se yergue como férrea mano. Hace unos años se realizaron una serie de excavaciones en el lugar donde estaba enclavada la escuela, encontrándose una piedra con una inscripción prácticamente ilegible que el historiador monfortino D. Manuel Hermida Balado no llegó a descifrar y al que tenemos que agradecerle el honor de que él, en persona, nos revelase la ubicación exacta en la actualidad de dicha piedra y que, bajo su consejo, fue instalada en uno de los accesos a Monforte, pero del que muy pocos tienen la referencia exacta.

En lo que se refiere a la categoría artística de los monfortinos, nunca ha sido puesta en duda, pues por ejemplo, cuenta entre los hijos de la ciudad al maestro Raimundo, posible padre de Mateo, el genial constructor del Pórtico de la Gloria, y diseñador, el propio Raimundo, de la Catedral de Lugo. Tras la sublevación del conde Ovequis en el año 1087, la tradición artesana de la ciudad ha llegado hasta casi



Fachada del convento de los escolapios, anteriormente de los jesuitas. De dimensiones más reducidas que el monasterio de El Escorial, pero de igual forma que él, mantiene el secreto de haber sido construido como modelo de la «octava maravilla del mundo».

nuestros días en la forma de trabajar el calzado y en otras ramas artesanas que han dado categoría a Monforte a lo largo de nuestro siglo.

La importancia de la ciudad o de su enclave se demostraría cuando las tropas napoleónicas invadieron nuestra patria. La artillería francesa ha de situarse en el vecino monte de Piñeira, en las afueras de la ciudad (lugar en donde hoy está enclavada la antena de la emisora de radio), pues la infantería no pudo tomar la ciudad. Los cañonazos enemigos hacen mucha mella en Monforte y llegan a destrozar bastante de su fisonomía. Entre otras cosas abaten la casa que fue de los templarios y de los hospitalarios, situada cerca de donde estaba el primitivo convento de las clarisas que estaba adosado a la antigua sinagoga judía. El enclave exacto de la bailía del Temple se ha perdido y próxima a su ubicación se construyó un nuevo edificio que luego se convertiría en casa-cuartel de la guardia civil y que hoy creemos que ya por poco tiempo, alberga el consistorio.

La ciudad, sin sus condes de Lemos, sin la importancia del monasterio benedictino, que había dejado su influencia para el de Samos, y sin alguna que otra institución de antaño, fue cayendo poco a poco en el olvido, a pesar de que el río Cabe contaba entonces con una magnífica reputación de río truchero, reputación que poco a poco iría perdiendo al bajar sus aguas cada vez más revueltas y sucias. Tan sólo le queda ya a Monforte su tradición artesana, la importante en toda la comarca de sus ferias y poco más.

EL FERROCARRIL

Sería precisamente la red de ferroviaria española la que iba a dotar a Monforte de otro momento de esplendor que parecía que ya no iba a poder recuperar. La ciudad se convertiría en uno de los nudos férreos más importantes de la nación, contando con un monumental depósito y siendo paso necesario para dirigirse a cualquier punto de la región por ferrocarril. Monforte de Lemos se convierte, nuevamente, en un lugar importante. Al ferrocarril se le suma la industria y vuelve a crecer, teniendo como eje, por un lado el barrio «de la estación», para todo lo que se refiere al ferrocarril, mientras que el ya sempiterno corazón de la ciudad se convierte en centro de la comarca, sobre todo en los días de feria.

La ciudad caminaría a pasos agigantados hacia una nueva época de magnificencia. En menos de diez años, pasaría de menos de quince mil a más de veinte mil habitantes; todo parecía ir sobre ruedas, de nuevo, hasta que fue abortada en el punto más álgido toda esta expansión.

La estación cuenta con tres andenes principales adaptados a cinco vías, al tiempo que otras adyacentes completan el complejo, que se ve incrementado por su amplísimo depósito, en otro tiempo uno de los más grandes de España. A muy pocos metros de la estación existe la bifurcación de las dos vías: la de Orense que conduce al centro de la región gallega y a las Rías Bajas; y la de Castilla, línea que por la ribera del Sil (aquí encontramos otra vez la ribera sagrada de los antiguos) pasa por León,

cruza los llanos de Castilla hasta Madrid. Estas dos líneas férreas que, como decíamos, se bifurcan a pocos metros de la estación monfortina, tienen su continuación por la que, a través de Sarria y de Lugo, conduce hasta La Coruña y El Ferrol. Diariamente salen trenes de la ciudad tomando el camino del resto de la región, de Madrid, de León, e incluso hacia Asturias, poseyendo la terminal en la ciudad de Gijón. La electrificación del tendido que llegó hasta Monforte hace quince años sirvió aún más para elevar la importancia del enclave.

Pero mientras tanto, por Zamora y Orense, se edificaba una nueva línea que andando el tiempo privaría a Monforte de Lemos de ese lugar preponderante que ocupaba dentro de la planificación del ferrocarril en Galicia. Poco a poco todo lo invertido en el magnífico complejo de la ciudad más importante, después de su capital, Lugo, se fue trasladando seguramente hacia Orense. Un éxodo que no se realizaría de una forma drástica pero sí constante.

EL NUEVO DECLIVE

De esta forma, comenzaba para Monforte de Lemos una nueva etapa de olvido y de decaimiento. Los intentos realizados para asegurar una buena producción del Valle de Lemos terminaron en un, hasta ahora, sordo fracaso, pues no basta una inversión si los que tienen que sacarle fruto no saben utilizarla. Con todo ello, no sólo el Valle siguió siendo el de siempre, sino que las industrias ubicadas en la ciudad poco a poco fueron dejando su sitio a la nada y, al mismo tiempo, las ferias, aunque importantes dentro de la comarca, como hasta ahora lo habían sido, carecen ya de la fuerza de principios de siglo, sufriendo cada vez golpes más terribles producidos por los supermercados y los alimentos congelados, que si hace un lustro eran casi totalmente desconocidos en la ciudad, hoy empiezan a ser tan claves en la economía de sus familias como lo son en el resto de España.

Muchas ideas han sido lanzadas con altos vuelos en este último decenio, pero desafortunadamente muy pocas se han visto cumplidas. La creación de un museo que reuniera las obras guardadas durante siglos tan celosamente por las instalaciones de la ciudad, no se llevó a efecto; como tampoco tuvo lugar la construcción de un paseo fluvial por la orilla derecha del Cabe que diese réplica al situado en su orilla opuesta, llamado del «malecón», ya muy gastado por el paso de los años; como

tampoco han fructificado esas ideas necesarias de proyectar un alumbrado nocturno para los monumentos ubicados en San Vicente del Pino y en el Convento de los P. P. Escolapios, que todavía sigue conservando, en Galicia, la fama de ser el mejor internado de la región, con afluencia de alumnos que acuden a estudiar su bachillerato, no sólo de las provincias galaicas, sino también de Asturias y de León.

De todas formas, la historia de Monforte de Lemos ha pasado muchas veces por momentos parecidos y siempre ha vuelto a resurgir, como si de un ave fénix se tratase, de su propio decaimiento. De momento, se ha conseguido en lucha con otras ciudades de la provincia, situar un Instituto de Enseñanza Media en la calle de San Pedro, a medio camino entre el centro administrativo de la ciudad y el barrio de la Estación.

El río Cabe sigue estando allí y sigue llevando sus aguas al Sil, como ha ocurrido desde hace tantos siglos, como también sigue estando ahí el Valle con su llano rodeado de montañas de la era secundaria y donde los celtas establecieron sus campamentos llenando su toponimia de mámoas (lugar en donde está ubicado un dolmen). La situación estratégica sigue siendo la misma, por lo que hay que pensar que si otras veces Monforte, en plena decadencia, ha comenzado una nueva efervescencia, todo puede volver a pasar otra vez. No pretendemos ser chauvinistas y enjuiciamos el tema sin quijotismos de ninguna clase, pero hasta ahora nos hemos basado en la historia y ella es la que marca el destino de los pueblos y de las ciudades ■ P. de F. G.



La red ferroviaria española iba a dotar a Monforte de otro momento de esplendor, que parecía que ya no iba a recuperar. En la foto, la plaza central del barrio de la estación.